

EL HOTEL DE LAS LÁGRIMAS

Eugenia Kléber

Seleccionada en el 23 SILT (Salón Internacional del Libro Teatral) en 2022 para las lecturas dramatizadas en el Teatro Valle-Inclán.

DRAMATIS PERSONAE

EMPLEADO HOTEL

CLIENTA

Habitación de hotel minimalista. Un ventanal al fondo, un diván, un espejo, un par de sillas, una mesa auxiliar con botellas de agua, un pequeño teléfono.

MUJER acaba de entrar en la habitación. Llega minutos antes de la hora convenida.

No sabe si HOMBRE está allí o todavía no ha llegado.

MUJER se quita las botas de agua de color fucsia que lleva sobre zapatos planos tipo bailarina. Se abre los botones del abrigo. Lleva un solo guante, a juego con las botas. Suena el teléfono, similar a una caja de música. HOMBRE aparece sin ruido desde un rincón en sombra. Alto, delgado, trajeado. Atiende la llamada.

MUJER inmóvil.

HOMBRE: *(Al teléfono)* Sí, ha subido. No, no lo sé. Comprendo. Descuide.

HOMBRE cuelga. HOMBRE y MUJER se miran.

(Pausa.)

Los dos hablarán en voz baja al principio, como si temieran despertar a alguien.

HOMBRE: Una hora. Dicen que nos dan una hora.

MUJER: Es suficiente. *(Sonríe)*. Es demasiado.

HOMBRE: Sí, son muchos minutos.

MUJER: *(Divertida)* Sesenta.

HOMBRE: Sí, sesenta. *(Pausa)*. ¿Dónde quiere que...?

MUJER: ¿Tenemos café?

HOMBRE: Sólo agua con gas y agua sin gas.

MUJER: *(Sentándose en una de las sillas)* No importa. No tomo café.

*HOMBRE saca de un bolsillo un pequeño paquete envuelto en papel de regalo.
Lo deja junto a MUJER en un gesto suave y retrocede hasta el lugar anterior.*

HOMBRE: Para que elija. Espero haber acertado.

*MUJER abre el paquete. Es una cajita con dos pañuelos plegados de distinto color.
Los despliega, los hace volar. HOMBRE la observa.*

MUJER: ¿Siempre es igual? ¿Se comporta de la misma manera con cada clienta?
Habrá un manual, supongo.

HOMBRE: La seda no absorbe bien pero me han parecido muy bonitos.

MUJER: Depende de la cantidad de...

Se miran. Esperan, entre cohibidos y curiosos.

La lluvia del otro lado de la ventana.

MUJER: He ahorrado durante meses para poder pagar este servicio. He dejado de comprar pomelos. Me encantan los pomelos pero están carísimos.

HOMBRE: Los perfumes son aún más caros.

MUJER: No uso perfume, sólo jabón de aloe o de orquídea.

HOMBRE: Espero que quede satisfecha de nuestra atención.

MUJER: Si quedo satisfecha no volveré.

HOMBRE: A la dirección del hotel le complacería que lo hiciera. Cada clienta es diferente y única, algunas no vuelven y otras reaparecen al cabo de un tiempo.

MUJER: El hotel queda muy lejos, es como cambiar de ciudad.

HOMBRE: Esa es la idea, que venir aquí resulte una especie de viaje. Como ir en el Transiberiano o el Orient Express o sumergirse en las aguas del Pacífico.

MUJER: ¿Podría sentarse en ese rincón? Me agobio si tengo a alguien muy cerca.

HOMBRE: *(Alejándose, servicial)* Lo siento, disculpe.

MUJER observa las piernas cruzadas del hombre, sentado en el rincón en penumbra: sus zapatos gastados, sus calcetines demasiado cortos.

MUJER: Me han ido bien las cosas. En general, me refiero. Tengo un trabajo que me deja libre el pensamiento. Vivo en un apartamento de dos habitaciones, el balcón es pequeño pero mi gato y mis plantas parecen satisfechos. En verano pinto acuarelas de flores y paso dos semanas en el campo. En invierno tejo bufandas y voy al teatro y a la ópera. Pero a veces tengo un nudo en la garganta como si hubiera tragado ceniza, como si quisiera expulsar una culebra. Y ahora estoy aquí con usted y está lloviendo.

HOMBRE: Un masaje en los hombros le ayudaría a aliviar la tensión.

MUJER: No estoy tensa.

HOMBRE: ¿Quiere que la peine? Se me da bien. De niño solía llorar cuando mi madre me peinaba.

MUJER: *(Ríe brevemente)* ¿Ella le tiraba del pelo?

HOMBRE: No, ella era muy cuidadosa, delicada. Nos sentábamos en el comedor en invierno o en el patio en verano. Me peinaba mientras me acariciaba la frente con la otra mano. No hablábamos. Al poco rato yo empezaba a llorar.

MUJER: ¿Y ella qué hacía entonces?

HOMBRE: Si quiere tumbarse dígamelo y me retiro.

MUJER: ¿Se marcharía si me tumbo, me dejaría sola?

HOMBRE: No, me quedaría en el baño. Esperaría.

MUJER: Tumbada será peor. No pensé que sería tan difícil llorar.

HOMBRE: Es por mí culpa, la estoy distraendo y tiene que concentrarse.

MUJER: Desde ahí no podrá enjuagarlas. No desearía impedir su labor.

HOMBRE: *(Sentándose cerca)* ¿Me permitiría comprobar la temperatura de sus manos?

MUJER le tiende las manos, una de ellas enguantada.

HOMBRE las acoge con delicadeza. Le quita el guante.

HOMBRE: ¿Sabe que las manos frías impiden el llanto? Porque las manos son un pequeño corazón, un corazón de recambio. Si el corazón principal está ocupado, el de recambio nos recuerda lo desolados que nos sentimos.

MUJER: Con las manos frías las lágrimas se quedan a medio camino.

HOMBRE: Eso es. *(Soltándole las manos con suavidad)* Ahora ya están calientes.

MUJER: Lo he visto, ¿sabe? No claramente, pero... Usted estaba... Usted lavaba y maquillaba un cuerpo. Creo que era una mujer muy joven, una adolescente.

HOMBRE: ¿Cómo lo ha visto?

MUJER: ¿Era su trabajo anterior, lavaba y maquillaba cadáveres?

HOMBRE: *(Apartándose)* No, no...

MUJER: No debería habérselo dicho.

HOMBRE: ¿Ha visto algo más?

MUJER: Un piercing en el ombligo de la mujer. Supongo que ha sido eso lo que me ha hecho pensar que era una adolescente. Aunque a cualquier edad se puede llevar un piercing en el ombligo.

HOMBRE: Tenía doce años. Se llamaba Valentina.

MUJER se incorpora rápidamente de la silla y va hasta un rincón.

MUJER: *(Desde el rincón)* No he cerrado la llave del gas. Parece un mayordomo de otra época con dedos de pianista, un mayordomo de novela inglesa que acabara de enviudar. No estoy en Venecia, no es el hotel de Venecia, aquel hubiera sido el lugar ideal para ser feliz y para llorar. Esta noche Adrián me preguntará dónde he estado, he ido a pasear, me he entretenido en una pastelería, le diré. Si desando el camino hasta la parada del tranvía quizás encuentre el guante, llevaban años en un cajón y he tenido que ponérmelos hoy. Si veo a este hombre en la calle le habría dado unas monedas...

HOMBRE: *(Casi al unísono)* Ahora estaría limpiando el jardín. Nieve acumulada, nieve y suciedad. ¿A qué hora sale el último tren? Dormiré en la estación si lo pierdo, no sería la primera vez pero entonces no me dolía nada. ¿Sería apropiado preguntarle su nombre? Es más joven de lo que pensaba o es por la luz. ¿Qué motivos puede tener una mujer así para llorar? Una mujer que lleva botas de agua de color fucsia debería ver la vida a través de un arcoiris. Tiene que ser especial llegar a casa y que una mujer te sonría de esa forma, una sonrisa preciosa. Si pudiéramos hablar... Prohibido hacer preguntas personales. ¿Está casada, señora? ¿Cuál es su nombre? Yo me llamo...

MUJER reaparece desde la penumbra. MUJER y HOMBRE se miran, sonríen.

MUJER: Desde que lo prohibieron lo necesitamos más, aunque no todo el mundo. Mi marido nunca ha llorado, dice, y se enorgullece de ello. Es un magnífico guardián del orden. *(Pausa)*. No dice nada, entiendo. Observar y enjugar... si hay llanto. Tiene que ser frustrante para usted si no es así porque no ejerce su función únicamente por dinero, hay un ansia de perfección detrás. Como en la danza. Yo era bailarina pero no era perfecta ni armoniosa ni segura de mí misma. Me temblaban los brazos en cuanto salía al escenario. Me temblaba la cara, se me agarrotaba la mandíbula. *(Ríe)*. Sí, todo un espectáculo. Ni siquiera entonces pude llorar... Ahora voy a salir al pasillo y en un minuto volveré a entrar. Probaremos de nuevo. Debería existir esa posibilidad, borrar y reiniciar, borrar y bailar y volar y sentirse feliz.

MUJER se pone el impermeable y el guante, coge su bolso. Sale.

HOMBRE de pie frente al espejo.

(Pausa.)

MUJER entra. Exaltada, como si hubiera llegado corriendo. Se desprende del bolso y del impermeable, que caen al suelo.

MUJER: ¿Hace mucho que esperas?

HOMBRE: *(Frente al espejo)* Te he visto desde la ventana.

MUJER: He venido por otro camino, cruzando el jardín. He entrado por la parte de atrás. No era yo la mujer que has visto.

HOMBRE: Siempre eres tú. (*Girándose hacia ella*).

MUJER: (*Acercándose*) Ayer mi marido me pidió que me sentara y le escuchara en silencio porque tenía algo que decirme. Solemos ver una película cuando cenamos juntos pero ayer no lo hicimos. Mientras él hablaba yo iba deshaciendo una galleta en mi bolsillo, me preguntaba cómo habría ido a parar ahí, yo no como galletas. Adrián me contó que hacía dos semanas que le habían despedido del trabajo pero que se iba de casa cada mañana porque no sabía cómo decírmelo, porque desconocía los motivos de su despido y no podía darme más explicaciones. Cada mañana cogía el metro y se bajaba al final de la línea, se sentaba en un parque y después caminaba hasta la hora de regresar a casa. Dijo que en su vida no había nada que mereciera la pena. Luego se quedó callado, como dándose cuenta de que había omitido algo importante, de que yo me había quedado esperando. Pero yo no esperaba nada. Dijo que lo mejor de su vida había sido conocerme, amarme y saber que yo le correspondía. Le dije que nadie nos estaba escuchando, estábamos solos con las ventanas cerradas, no tenía que convencer ni complacer a nadie. Y no tenía que mentirse a sí mismo. Bebimos, hicimos el amor, vomité, dormí un par de horas, me duché y salí temprano. Caminé y caminé cruzando puentes, los siete puentes de la ciudad, hasta el parque de atracciones. Había restos de nieve en las cestas de la noria y en los caballos de madera. Me recordó las fotografías de Chernóbil de un amigo de Adrián, un parque de atracciones devastado con intensos rojos, verdes y azules sobresaliendo entre la nieve. Recuerdo que le dije que sus fotos eran bonitas teniendo en cuenta que no era un profesional, que había sabido plasmar la belleza de la desolación. Esa madrugada imaginé mi vida sin Adrián. En otra época, en otro siglo, con un largo abrigo blanco barriendo la nieve.

HOMBRE: Ahora los niños han dejado de ir al parque, no les divierten esos viejos aparatos en movimiento. Yo llevaba a Valentina los domingo. Cogíamos las bicicletas y pasábamos la mañana en las atracciones. Era una niña alegre, curiosa, hacía muchas preguntas y no se contentaba con cualquier respuesta. Quería ser piloto de avionetas o detective, yo le decía que podría ser las dos cosas, una detective en avioneta. Eso le

hacía reír. Su madre se la llevó a Vancouver y cuatro años después, una noche sonó el teléfono.

MUJER: Y fuiste a Canadá para reconocer el cuerpo.

HOMBRE: Se había tatuado la palabra *Daddy* en la muñeca izquierda. Me llevaba consigo, no me había olvidado. (*Con voz quebrada*) Disculpa.

HOMBRE empieza a temblar. Se sienta, paralizado en su dolor.

MUJER coge uno de los pañuelos y se lo ofrece a HOMBRE.

HOMBRE llora suavemente, sin ruido, empapando el pañuelo.

(Pausa).

MUJER: Había una vez una mujer que visitaba Venecia cada diecinueve de mayo. Se alojaba en la misma habitación de hotel y paseaba por las mismas calles llevando siempre el mismo vestido, el mismo peinado, el fular que guardaba en papel de seda. Podía quedarse horas en una terraza, a veces hablaba con alguien. Sólo era una turista más en apariencia.

HOMBRE: ¿Y no lo era?

MUJER: Es un cuento con final abierto.

HOMBRE: Puede que hubiera hecho una promesa.

MUJER: ¿A quién?

HOMBRE: Primero habría que saber si era a una persona o a una divinidad.

MUJER: Eliminemos a los dioses.

HOMBRE: Entonces, si le hizo la promesa a un vivo o a un muerto.

MUJER: No lo sé.

HOMBRE: Deberías saberlo porque es tu cuento. ¿Puedo formar parte de él?

MUJER: Por supuesto.

HOMBRE: Creo que rinde homenaje año tras año a una historia de amor acabada, a una relación apasionada y fugaz que la marcó. Únicamente dejan huella las historias trágicas. La mujer de tu cuento no espera a nadie, se permite vivir unos días fuera del tiempo. Pero la última tarde de su estancia, ese tercer año, sucede algo imprevisto.

MUJER: Ahí entraría tu personaje.

HOMBRE: Se aloja en el mismo hotel, en su caso por primera vez. Y también es la primera vez que visita Venecia.

MUJER: *(Riendo)* Y los dos se encuentran y vuelan mariposas.

HOMBRE: No precisamente, sería demasiado simple.

MUJER: Me temo que sí.

MUJER y HOMBRE se miran.

(Pausa).

MUJER: *(Cogiendo su gabardina y su bolso)* El martes a las seis de la tarde estaré en el sexto puente de la ciudad hasta que empiece a anochecer. Ahora los días ya van siendo más largos, hay más horas de luz. Llevaré un libro y una camelia.

HOMBRE: ¿Te gusta el batido de frutos rojos? Se puede tomar frío o caliente.

MUJER: Ni frío ni caliente, no me gustan los batidos.

HOMBRE: A Valentina le encantaban, íbamos cada tarde a la salida del colegio. Siempre pedía dos batidos grandes y uno mediano para mí.

MUJER: Quizá vuestros batidos son los mejores del mundo.

HOMBRE: No te quepa duda.

MUJER: *(Señalando el pañuelo)* ¿Puedo llevármelo? Para tener un recuerdo.

HOMBRE: *(Ofreciéndoselo)* Por si hay niebla en el puente el martes.

MUJER guarda el pañuelo en la cajita. Guarda esta en su bolso.

HOMBRE: Te miraré desde la ventana. Para conservar un recuerdo.

MUJER: Pensaba salir por la puerta de atrás pero lo haré por la principal.

MUJER sale.

HOMBRE solo.

La lluvia

OSCURO